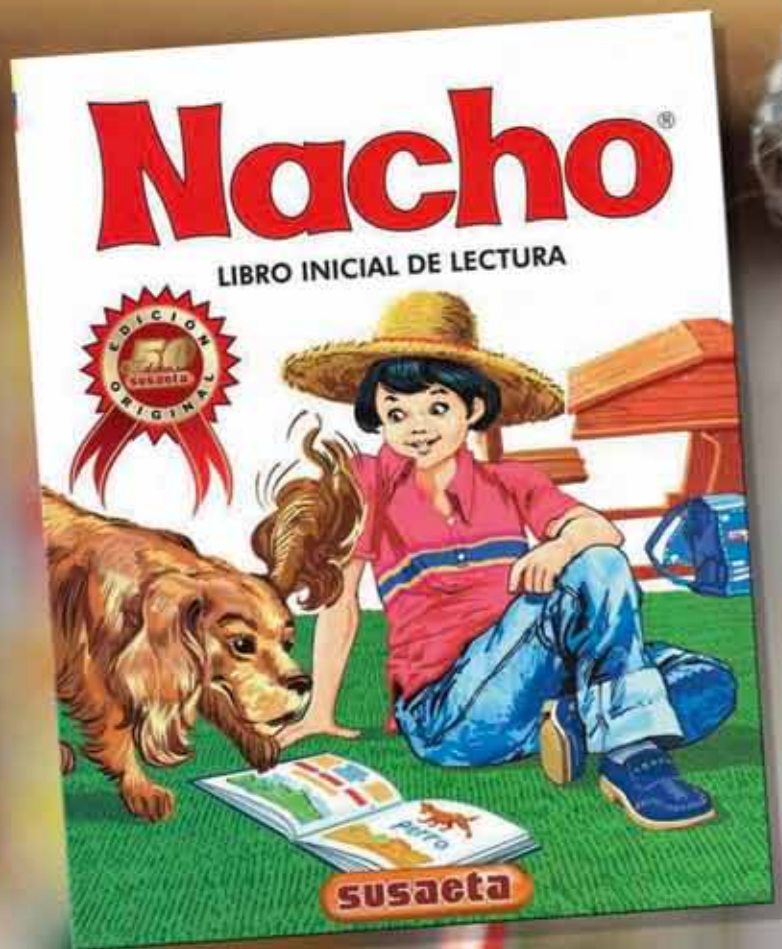


SUPLEMENTO SEMANAL DE LA HORA, IDEA ORIGINAL DE ROSAURO CARMÍN Q.

CULTURAL

GUATEMALA, 21 DE FEBRERO DE 2020



**NACHO: el libro
inicial de lectura**

PRESENTACIÓN

Hacer memoria de las vivencias que contribuyeron en nuestro crecimiento personal es un acto que va más allá de la nostalgia, nos sitúa en el corazón del ejercicio con el que se criba la historia y se reconoce el valor de lo acontecido. Así, aunque "recordar es volver a vivir", también es un redescubrimiento que da sentido a la vida.

Esa epifanía parece ser la clave de lectura del texto de Giovany Coxolcá. Un escrito que, al superar lo estrictamente biográfico, se ubica en la crítica voluntariosa que aspira al cambio y la construcción de un mundo con más oportunidades para todos. De ese modo, su recuerdo subversivo ofrece vías alternas a lo establecido casi en ley en nuestra sociedad.

El texto siguiente expresa su estilo y propósito ensayístico:

"No sé si aún se escriban, editen e impriman libros de valía para quienes inician el primer ciclo de Educación Primaria, y si los hay, habría que preguntarse por el precio, si es accesible o si se deben esperar meses antes de que los padres de familia ahorren para ir a la librería en busca del codiciado ejemplar. Por las prioridades del Estado de Guatemala durante los últimos veinte años, es posible llegar a conclusiones obvias: no se destinan recursos para cubrir una de las necesidades elementales de la niñez a su llegada a la educación primaria. (...) Para el Estado o los gobernantes de turno, quienes ingresan a la escuela desprovistos de zapatos, de libros en la mochila o los anaqueles, sin un techo escolar, sin escritorios ni pizarrón, con hambre y huérfanos a causa de la migración o de la violencia estatal o paraestatal, representan un peligro potencial para el orden constitucional".

La colaboración de Coxolcá en la edición, nos recuerda el valor de la educación en el Siglo XXI y el llamado a corregir y actualizar el modelo pedagógico. Una renovación que debe gestarse de manera participativa y crítica, denunciando el pensamiento único que aspira implantar el capitalismo de mercado de nuestros tiempos. No queremos estar ausentes en el alumbramiento de esa utopía humanística, por ello, nos sumamos al esfuerzo de la mayor parte de inconformes que escriben en este espacio.

EL LIBRO "NACHO" Y LAS VIRTUDES DE LA MEMORIA

GIOVANY EMANUEL COXOLCÁ TOHOM

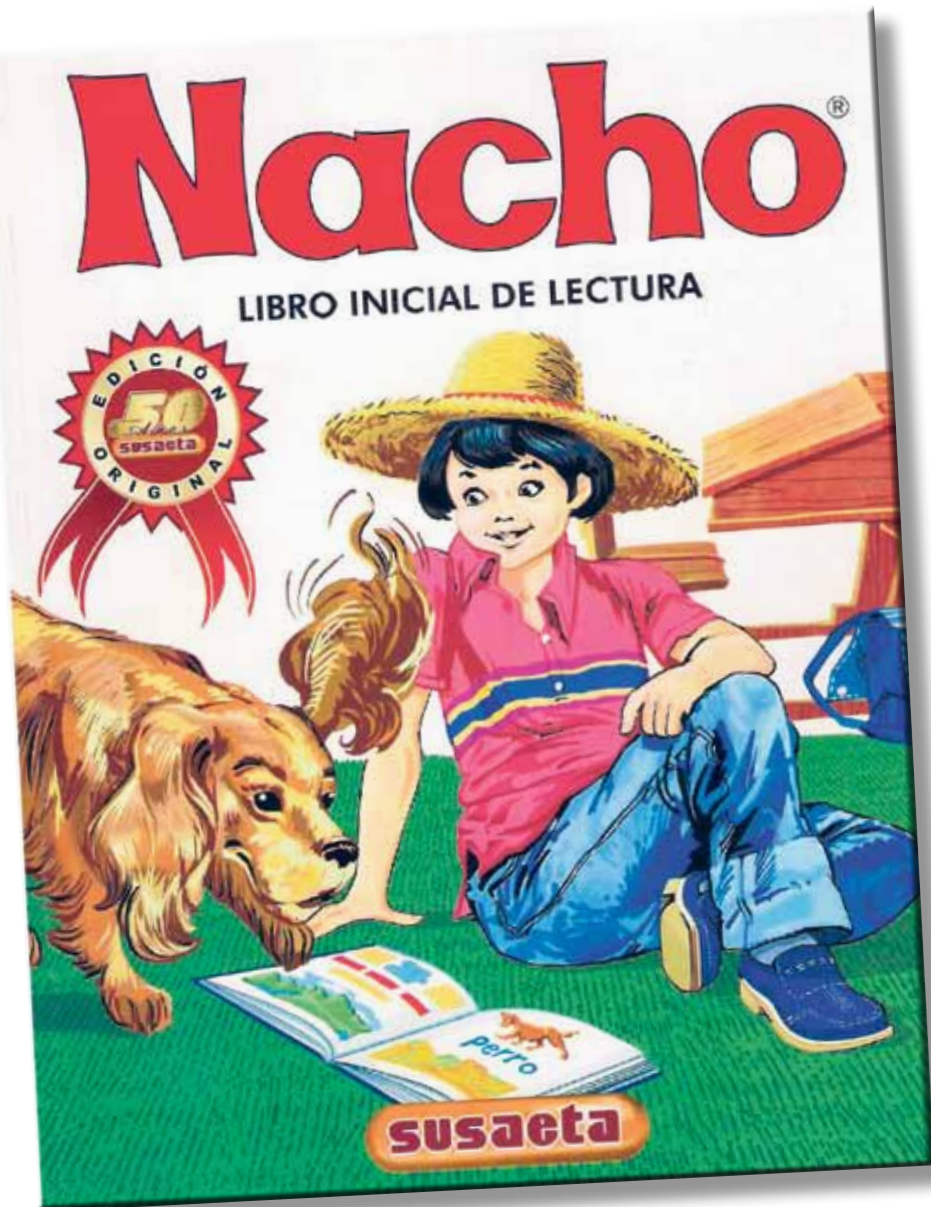
Escritor

En 1973, en República Dominicana, Melanio Hernández convirtió su experiencia docente en el libro Nacho: a partir de entonces se fue volviendo un clásico de lectura inicial en distintos países de América Latina. Veintiún años después, a 132 kilómetros de la capital de Guatemala, yo recorría caminos empolvados para asistir al primer día de clases de mi segundo año escolar. En el bolsón elaborado a base de retazos del rebozo de mi madre, quien me acompañaba, llevaba tres cuadernos, un lápiz, un sacapuntas, un borrador, una caja de crayones y el ya legendario libro, que a su vez había sido utilizado dos años antes, por mi hermano mayor y aún tendría fuerzas para esperar la llegada de mi hermano menor al primer ciclo de Educación Primaria.

Con lo anterior podría escribir sin mayores preámbulos que este libro fue de mis primeras lecturas, así se lo dije a Nicté Guzmán, vinculada actualmente a Susaeta Ediciones; pero con tal afirmación le habría faltado el respeto a la tenacidad de mi padre en ayudarme a reconocer las primeras consonantes y vocales en recortes de periódicos, carteles y almanaques que las tiendas colgaban a la par de sus ventanas para tratar de medir el tiempo.

Un año antes de iniciar mi educación primaria casi fui despojado a garrotazos institucionales de uno de mis idiomas maternos. Por razones prodigiosas no lo consiguieron, fue durante la preprimaria, o castellanización (¿era necesario mutilarnos una parte del corazón?). Desde entonces y mucho antes yo ya tenía noticias del libro, guardado en alguna parte de la troja o del tapanco y que me era permitido ojear únicamente bajo la supervisión paternal.

La plática con Nicté surgió a partir de una visita inesperada que Ilina Muñoz y yo le hiciéramos a finales del año pasado.



Con las dos coincidí en el Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades de la Usac; los tres, de una u otra forma, constantemente nos detenemos a reflexionar acerca de los desafíos que afrontan quienes inician su formación primaria y, como es natural, los tres alguna vez pasamos por el proceso de aprender a deletrear las vocales.

Mientras hablábamos el gato de la casa hizo un salto de más de tres metros para tratar de llegar a uno de los aretes de Ilina. Y eso, para mí, fue volver a la séptima letra del alfabeto, enroscada en el gato en una de las páginas del libro Nacho, también fue volver a los gatos que poblaron las historias de mi padre y los vecinos del sector Cementerio de la aldea Las Canoas, historias que me contaban mientras me explicaban, con las pocas palabras de mi enciclopedia verbal, el significado de otras que enriquecían mis herramientas para ver, describir y descubrir los horizontes de la

existencia.

En esos años no me preocupaba por conocer a los responsables editoriales de los pocos libros que llegaban a mis manos; pero un domingo, de esto apenas hace cinco años, una de mis sobrinas se me acercó para preguntarme por el nombre del gato enroscado en la "G" del libro en cuestión y dónde vivía. En la plática comenté la anécdota con Mabel – mi sobrina – y que mi primer libro en un aula fue el Nacho. A cada inicio del ciclo escolar pienso en él y me pregunto por el destino de su pasta, de sus hojas, ¿en qué parte del polvo estarán los restos del que tuve en mis manos?

Dejando a un lado, momentáneamente, la impunidad con la que la tecnología nos empuja a un analfabetismo disciplinado, anterior a la era paleolítica, quienes escriben libros para estudiantes de los primeros años escolares se enfrentan a varios problemas: intentar volver a territorios de la infancia sin perderse en

CULTURAL

ES UNA PUBLICACIÓN DE:

La Hora

Fundado en 1920

DIRECTOR GENERAL:

OSCAR CLEMENTE MARROQUÍN

DIRECTOR:

PEDRO PABLO MARROQUÍN P.

EDITOR DE SUPLEMENTO:

EDUARDO BLANDÓN

ejblandon@lahora.com.gt

DIAGRAMACIÓN:

ALEJANDRO RAMÍREZ

la frontera que la edad abre y agranda entre las distintas etapas de la vida del ser humano y la mayoría escribe para ser publicada, promocionada y pasada por el pelotón de la fama hasta alcanzar el anhelado fusilamiento, por lo tanto, más le valdría no escribir para nadie o hacerlo con el único propósito de cosechar elogios fugaces en las redes sociales o de colegas, familiares, amigos y de enemigos, después de descorchar varias botellas de vino, aunque a los tres días nadie recuerde la publicación.

No sé si aún se escriban, editen e impriman libros de valía para quienes inician el primer ciclo de Educación Primaria, y si los hay, habría que preguntarse por el precio, si es accesible o si se deben esperar meses antes de que los padres de familia ahorren para ir a la librería en busca del codiciado ejemplar. Por las prioridades del Estado de Guatemala durante los últimos veinte años, es posible llegar a conclusiones obvias: no se destinan recursos para cubrir una de las necesidades elementales de la niñez a su llegada a la educación primaria. Se destinan fondos para controlar el crecimiento demográfico, reduciendo el presupuesto del Ministerio de Salud y aumentando el del Ministerio de la Defensa. Para el Estado o los gobernantes de turno, quienes ingresan a la escuela desprovistos de zapatos, de libros en la mochila o los anaqueles, sin un techo escolar, sin escritorios ni pizarrón, con hambre y huérfanos a causa de la migración o de la violencia estatal o paraestatal, representan un peligro potencial para el orden constitucional.

Como a cada inicio del ciclo escolar, vuelve el olor a cuadernos, lápices, borradores y crayones, de parafina o madera, pero, por encima de estos materiales necesarios para adentrarse al mundo de la palabra escrita, el libro constituye uno de los pocos tesoros que, pasado el tiempo, agradecemos con algo de nostalgia.

Después de una revisión, a conciencia, el maestro incluía determinado libro en la lista de útiles escolares: el *Nacho*, en el caso de quien termina este párrafo con el punto reglamentario al final de la última palabra.

Eran otros tiempos. Las editoriales aún le apostaban a la formación integral de las nuevas generaciones, o, ¿acaso, visto a la distancia, nos percatamos de los mecanismos empleados por distintos sectores para saquear los limitados recursos de los padres de familia, induciendo y entrapando, con la venia burocrática correspondiente, a comprar montañas de libros, libros que, aparte de ser caros, no reúnen otro mérito? Eran otros tiempos. Las ofertas de las editoriales estaban equilibradas entre el interés por la educación y el interés comercial; las prácticas que en la actualidad alcanzan niveles delictivos aún no eran costumbre. O posiblemente la fe de los padres en el libro era tan grande como la de quien reforesta, sabiendo que ya no estará cuando los árboles alcancen las nubes.

De los primeros años escolares están los libros a los que tuvimos acceso y nos hicieron volar y están los que definitivamente ya no pudimos ni podremos adquirir, ya no somos los de aquellos años lejanos, con candiles y candelas alumbrando la noche. Removemos la memoria para reencontrarnos con nuestras primeras letras. No sé si quienes ahora ocupan esas aulas

tienen a la mano el libro en el que página a página se desatan, primero las vocales, después las consonantes, hasta llegar a la articulación escrita de las primeras oraciones.

Desde luego que nadie llega desprovisto del lenguaje articulado a la escuela. Mucho antes del libro se ha tenido noticias del mundo, desde el vientre de la madre, hasta las historias que se remontan más allá de cualquier tiempo medible por los calendarios modernos o por la tecnología. Antes del trazo de las primeras vocales y consonantes, quienes se levantan para asistir a su primer día de clases, pueden decir sin dificultades “Mamá, hoy será mi primer día en la escuela”, sin saber que han pronunciado las cinco vocales, seis veces la “a”, una vez la “o”, cinco veces la “e”, tres veces la “i” y una vez la “u”, en este orden: “a”, “a”, “o”, “e”, “a”, “i”, “i”, “e”, “i”, “a”, “e”, “a”, “e”, “u”, “e”, “a”, sin saber que ha pronunciado nueve consonantes, cuatro veces la “m”, una vez la “h”, sigilosa desde hace siglos, una vez la “y”, dos veces la “s”, tres veces la “r”, una vez la “p”, una vez la “d”, una vez la “n”, dos veces la “l” y una vez la “c”, en el orden siguiente: “M”, “m”, “h”, “y”, “s”, “r”, “m”, “p”, “r”, “m”, “r”, “d”, “n”, “l”, “s”, “c”, “l”, sin saber que al cabo de los años, si el hambre, la pobreza, la osadía por cruzar el desierto u otras perversiones estatales no lo matan, terminará por enterarse de la existencia de entidades universitarias especializadas en estudiar el lenguaje articulado y esas palabras pronunciadas por él, justo antes de acomodarse la mochila al hombro, llevando el libro *Nacho*, que solo lo abrirá cuando en la escuela se lo pidan, al menos durante los primeros días.

A quien asiste por primera vez a las aulas no le será difícil articular “Libro Nacho”, aunque no reconozca todavía la grafía de vocales y consonantes y no pueda explicar que el sonido entre la “a” y la “o” de la palabra “Nacho” es resultado de la combinación de las grafías “c” y “h”, respectivamente. En su mente, al decir que lleva el libro *Nacho*, surge el color de la portada, el niño del sombrero de paja y los zapatos azules junto al perro, repasando, seguramente, las páginas del mismo libro, esperando que algún día a él le puedan comprar esa mochila azul. El niño de camino a la escuela sabe, como hace siglos, descubrir las cosas del mundo, sin necesidad de saber cuáles de los sonidos articulados son consonantes y cuáles son vocales, sin conocer que las vocales son vocales y las consonantes, consonantes, sin tener noticias de quienes se han doctorado en varias universidades para tener la autoridad de sentenciar por qué cocina no se escribe cosina y por qué es incorrecto escribir sepillo en vez de cepillo.

El recorrido por las aulas de la educación primaria dura seis años para quienes a finales de octubre obtienen el esperado “Promovido” y hasta ocho o diez para quienes llegan a las aulas con más tristeza por falta de pan en casa que ansias por conocer a los integrantes de la familia alfabeto.

Mis recuerdos se pusieron en movimiento, sacando una imagen por acá, otra por este rincón de la memoria. Recordé la “a” junto al árbol en la página, árbol que inmediatamente me transportaba al atardecer de un día, cualquiera de los tantos transcurridos después de haber terminado la jornada. En

eso pensaban los estudiantes de primaria de aquel entonces, estaba el árbol del libro *Nacho* y el que encontraban a su regreso a casa o el que sería derribado para iluminar la noche y la vida. Que nadie alegue deforestación, de eso se encargaron los dueños de la Palma Africana, las mineras y las transnacionales dedicadas a saquear las riquezas naturales de países como el nuestro.

En la página siguiente aparecía la “e” junto al elefante que me hizo conservar el recuerdo de haber visitado el zoológico una sola vez, años antes asistir a la escuela. Con el tiempo volvería al zoológico, pero mi memoria es terca y se afana en hacerme creer que solo son repeticiones de la vez primera. De ahí que a una de las tantas preguntas del profesor de aquel entonces fui el único, según él, capaz de responder correctamente. “¿Niños, quién ha visto un elefante?” “Yo”, respondió mi compañero de al lado. “¿Dónde lo ha visto?”. “En el camino”.

No era cierto o tal vez sí, tal vez el profesor no dimensionaba el alcance de la imaginación a la hora de la infancia. Si un pedazo de palo seco puede ser un caballo galopando de montaña en montaña, si con un bote viejo y una rama de pino se puede impedir la caída de la luna y si con una pelota llena de remedos se puede jugar la final de un mundial de fútbol, por qué no podría aparecer un elefante en el camino de regreso a casa, entre las sombras de los árboles, alargadas bajo los atardeceres, entre las huellas de algún animal extraño que recorre la noche o dibujado en una piedra. En cualquier parte es posible la aparición de un elefante. Aquella vez, sin embargo, el profesor volvió a preguntar si alguien en la clase sabía “dónde estaban los elefantes”. Levanté la mano, viendo la “e” y el elefante en el libro, dije: “En La Aurora están los elefantes”. “Cierto, en el zoológico La Aurora”, corrigió el profesor. “¿Quién le dijo que en el zoológico están los elefantes?”, preguntó. Por miedo a ser castigado por mi insolencia, dije que mi papá me había contado. No me atreví a hablar de mi experiencia en La Aurora, de que papá me había llevado a conocer a un elefante de verdad. Frente al elefante junto a la “e” y frente al recuerdo del elefante en el zoológico me detuve mientras el profesor pasaba a la página siguiente. Así, página a página, pasaron los días de aquel año.

No sé si alguien de mi generación recuerda la preprimaria o castellanización, previo al inicio de la primaria. Sin mayores penas ni proezas cursé aquel año, con algunos estirones de orejas, jalones de pelo y otras medidas disciplinarias a tono con los tiempos finales de la represión oficial, sin poder pasar de la primera página del ejercicio de puntitos en la esquina inferior izquierda de cada cuadro del cuaderno de cuadrícula, dibujando animales sin cuello, caminos que de un volcán llegaban a un río y del río subían al sol, sin convertirse en escaleras, dibujando la rudimentaria infraestructura de los inmuebles comunitarios y a veces dibujando a los estudiantes de otros grados, grados que me parecían inalcanzables, anhelando llegar pronto al primer ciclo para tener derecho a llevar el libro *Nacho* en el bolsón.

Siempre tuve el deseo de trazar algunas líneas en recuerdo de aquel libro *Nacho*, la edición que tuve fue la de Susaeta Ediciones, por habernos dado tantas alegrías a quienes nos formamos en las aulas de la Educación Pública.a

ENRIQUE SALANIC Y JOSÉ, SIMBIOSIS Y DIVERSIDAD

ROBERTO M. SAMAYOA OCHOA
Masculinidades e inclusión social

Enrique camina como danzando sobre la 9ª. calle hasta la esquina donde acordamos encontrarnos en la sexta avenida. La escena me recuerda a la película José, interpretada por Enrique Salanic en uno de los tantos encuentros casuales que tiene el personaje y que terminan siendo encuentros sexuales.

Un abrazo a tres cuartos, sendas palmadas en la espalda y a tomar un chocolate caliente. Enrique viene de participar como voluntario en una actividad de Colegios del Mundo Unido, en Peronia (Villa Nueva), programa del cual es exalumno ya que durante tres años estudió el bachillerato internacional en Vancouver, Canadá.

Una beca que le cayó por azar del destino luego que había ganado otra similar para estudiar en la cabecera de Quetzaltenango y no en su natal Cantel.

Hace unos días a Enrique le fue denegada la visa para ingresar a Estados Unidos. Tenía previsto viajar para acompañar la promoción de la película José en Nueva York, Los Ángeles, Chicago y otras ciudades. Intentó dos veces obtener el permiso. “La primera vez esperé un montón, se llevaron mi pasaporte para adentro y la gente pasaba y pasaba...” finalmente le dijeron que no “porque no había razones suficientes por las que él quisiera volver a Guatemala”. Es inevitable pensar en lo que dice el sociólogo Javier Auyero: “Hacer esperar a la gente, pero sin desesperarla al máximo, es parte constitutiva del proceso de la dominación si se quiere entender estas dinámicas de la marginalidad urbana”. Enrique hace énfasis en cuál es la forma como te ven para darte la visa. La mirada te clasifica de acuerdo con un estereotipo.

Sin embargo, Enrique había vivido ya en Estados Unidos ya que durante cuatro años fue beneficiario de la Shelby Davis Scholarship y estudió Bioquímica y Psicología en el Westminster College en Fulton, Missouri. Siempre pensó que quería volver a Cantel, en Quetzaltenango. Quería volver por mi papá, por mi mamá, por mi familia, porque me gusta sentir el apoyo de todos y eso es algo que no sentía allá, dice. Sin embargo, no le molesta la negativa de la visa. “Hay que aceptar las cosas como vengan y dejar que todo fluya. Sé que voy a volver a Estados Unidos, pero no es ahora, ahora no convenía. Que no me hayan dado la visa tiene que ver con todo lo que está pasando en Estados Unidos, con los migrantes y las políticas migratorias”. Sin embargo, Enrique habla bien de sus amigos de su época de estudiante “personas cálidas, cariñosas” incluso hubo personas que hicieron muchas cosas ahora para que yo pudiera ir, pero no se logró, dice. Para Enrique más que la negativa de la visa es importante que la sociedad se dé cuenta por medio de la película que se sigue discriminando y se sigue matando por causa de la orientación sexual.

Una de las similitudes entre José y Enrique es el apego familiar. “Allá se extrañan de que uno viva con su familia y para nosotros es mejor vivir todos juntos porque así nos apoyamos”, dice Enrique, y mientras, recuerdo las escenas donde José es chantajeado emocionalmente por una madre religiosa que sabe que su hijo es gay, pero que se lo niega a sí misma y

que soluciona todo ofreciéndole comida. José decide quedarse con su madre y no migrar con Luis (Manolo Herrera), desembocando en una historia de amor rota por la migración.

Pero Enrique interpreta la negativa de la visa también de otra manera. Mira al cielo como buscando la respuesta con los ojos: esto me ayuda a que no me crea tan famoso y a tener los pies en la tierra. No es para menos pensar en la fama de esta película cuya principal carta de presentación es haber ganado el *Queer Lion* en la 75 edición del Festival de Cine de Venecia. Se ha presentado en infinidad de festivales y ha recibido múltiples críticas: íntima, fuerte, “extraña mezcla de calma y brutalidad”, romántica pero alejada de los clichés. José llegó a Guatemala tras un año de buscarla, para la clausura del octavo festival La Otra Banqueta buscando retar a la audiencia de uno de los países más conservadores del continente, condición que había llevado en su momento a Li Cheng (director) y George F. Roberson (productor), a escoger el país para grabar la película luego de recorrer toda Latinoamérica.

Uno de los retos que plantea José es el no presentar el cliché turístico del país. Las escenas son tan barrocamemente cotidianas y los ojos no saben si posarse en la maraña de cables o en las paredes a medio pintar y que se caen o en las luces de los buses o la infinidad de personas o en la tenue luz amarillenta de las calles. Los ladridos de los perros, las prédicas en los buses, los asaltos, el hablar entre los dientes, como callando, muestra una ciudad y un país sin más salida que ser resilientes cada día.

Mientras caminamos, Enrique pregunta por qué es famosa la sexta. Me dice que de día prefiere caminar por las otras avenidas porque están más vacías, pero de noche prefiere la sexta porque hay más luz y las otras son más oscuras y solitarias. El olor a orines de una de las calles aledañas confirma que es mejor volver a la sexta. Parece que vamos sin rumbo en la calle los que vienen de frente y nosotros. La gente camina sin verse. La sexta no es tan famosa.

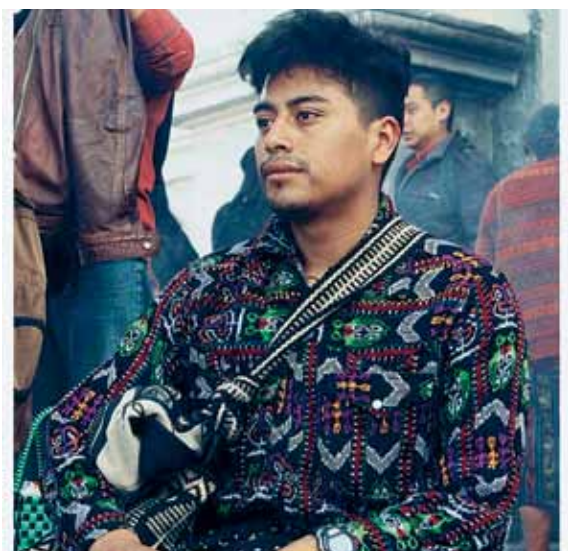
¿Te has sentido discriminado? Depende, dice. En Estados Unidos afirma que sintió algún tipo de discriminación por ser guatemalteco. En Quetzaltenango ha sentido discriminación por ser maya k'iche' y lo dice con asombro haciendo referencia a una élite comercial de Quetzaltenango. Pero también en Guatemala en donde en



un par de ocasiones junto a unas amigas no las dejaron entrar a una discoteca por su atuendo. Pero hay también otro tipo de discriminación que vive en Cantel, “los evangélicos discriminan a quienes vivimos según la cosmovisión maya”. “Imagínate si supieran que soy gay y de la cosmovisión maya, me queman”, dice mientras ríe. Uno sabe cuando le dicen “no seas indio” solo como una expresión o cuando lo dicen con la intención de ofenderte, pero es parte de la ignorancia de la gente.

A Enrique le gusta actuar desde que era niño, por eso encontrar los cursos de teatro en Estados Unidos fue una señal y por eso ahora no se dedica a ser ni biólogo ni psicólogo. El primer largometraje en el cual participó es “Días de luz” una coproducción centroamericana. Posteriormente, un día, mientras cenaba en Cantel con su familia lo llamaron para que al siguiente día se presentara en ciudad Guatemala a las diez de la mañana para la audición de José. Llegó corriendo y justo cinco minutos antes. Se quedó con la película y con el personaje. Actualmente una de sus iniciativas es Ki'kotemal TV Tijob'al, (<https://www.youtube.com/channel/UCeXW7xzXlprx4El6zJEkDdA>), un canal de YouTube donde enseñan k'iche' y mam. Yo estoy interesado en que las oportunidades que he tenido las tengan otros jóvenes, en que puedan tener su propia voz, dice.

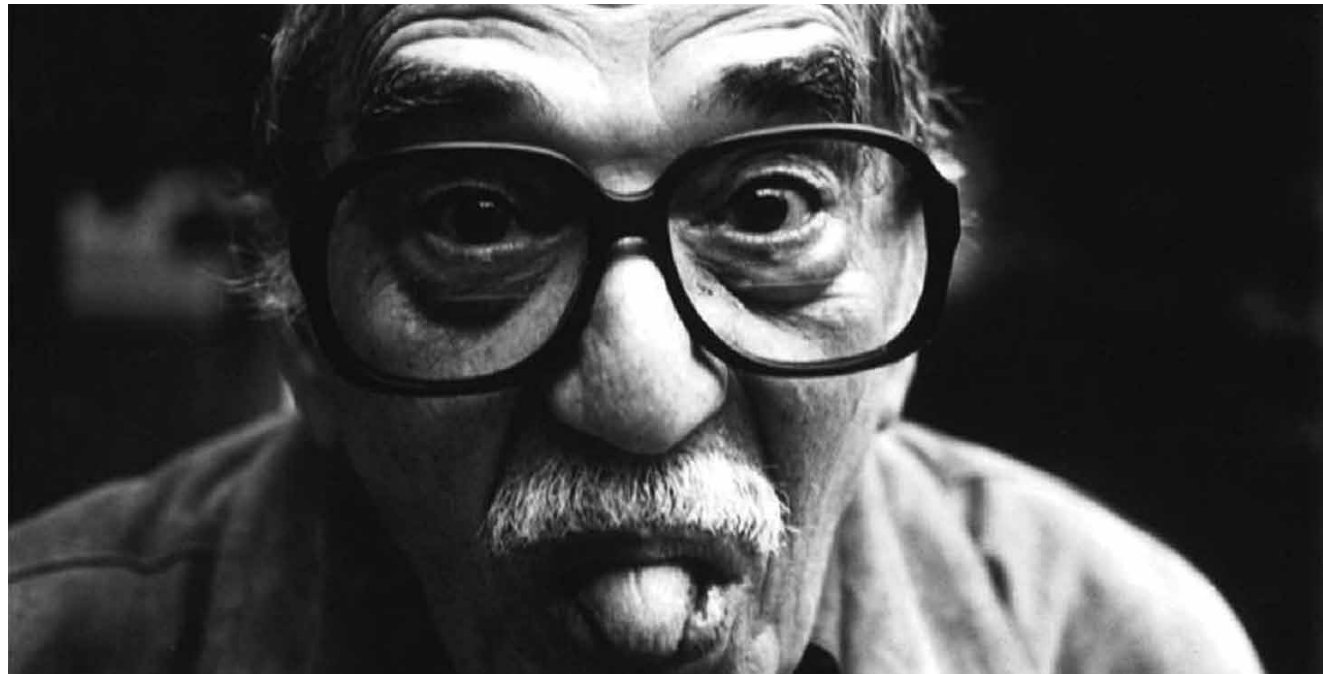
Me siento inmerso en una de las escenas de José. Calles, ruido a tope, personas anónimas, luces, caos y de pronto un detalle, una luz, un silencio la intimidad que ofrece José en su fotografía, la sonrisa en la cual Enrique, con barba, se confunde con la de José, rasurado. Me despido de Enrique. Ahora sí es un abrazo de verdad, de frente, sostenido, sentido de esos que ponen a temblar a la masculinidad tradicional de dos tipos en una camioneta agrícola que nos ven y cuchichean.



UNA HISTORIA PERSONAL RELACIONADA CON GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

MAX ARAUJO
Escritor

A fines del año 2007 recibí una invitación, con todo pagado -incluyendo una cuota diaria para mis gastos personales- de la Dirección de Derecho de Autor de Colombia, para recibir formación sobre el tema de Sociedades de Gestión Colectiva. Recuerdo mi llegada a Bogotá, un domingo, día en el que se anunció, al anochecer -cuando ya me encontraba en aquella ciudad- que el ganador de la presidencia de la república fue Álvaro Colom.



Para la formación indicada fui propuesto por el Registro de la Propiedad Intelectual de Guatemala -en ese año yo era parte del Departamento de Derecho de Autor y Derechos Conexos- dependencia del Ministerio de Economía. Días antes del viaje compré el libro “Vivir para contarla” que contiene memorias de Gabriel García Márquez, escrito por este extraordinario autor. Desde que inicié la lectura de este mágico relato -a mi juicio un extenso ballenato- me cautivó, por lo que decidí llevarlo para mi estadía de dos semanas.

Durante el tiempo de vuelo de Guatemala a Panamá, y de este al aeropuerto El Dorado, viajé literalmente prendido del libro. Hubo un hecho, entre otros -narrado con la misma maestría de todos los del texto- sobre el famoso “bogatazo” -1948-, del que se ha escrito mucho, en el que se involucra como incitador a Luis Cardoza y Aragón, así como a otros personajes de Latinoamérica.

El “bogatazo” fue la reacción al asesinato de Eleazar Gaitán, un carismático líder colombiano, que habría sido presidente de Colombia si no sucede esa tragedia. García Márquez, en ese entonces un joven periodista, vivió el espanto de esos días -vandalismo, turbas enfurecidas, incendios, linchamientos-, por lo que en cuanto pudo se largó con uno de sus hermanos de Bogotá a Cartagena de Indias, en un avión no apropiado para pasajeros. Según lo narrado -en forma magistral por Gabo- a Eleazar Gaitán lo asesinaron en una esquina de la carrera séptima, en pleno centro de Bogotá -años después se puso una placa conmemorativa-.

El asesinato provocó una reacción violenta de sus partidarios y seguidores. Según el autor, estuvo por esos días arengando a la muchedumbre un muchacho, todavía desconocido, de nombre Fidel Castro, que había viajado a Colombia para observar la reunión panamericana que se realizaba por esas fechas -en la que participaban delegaciones de varios países, entre ellas de Guatemala-.

Motivado por la narración me hice el propósito para visitar el lugar en donde se encuentra la placa conmemorativa. El día que lo hice fue el previo a mi retorno a mi país -oportunidad en la que realizaría la compra de algunos recuerdos para obsequiar y alguna

cosa para mí, por lo que me llevé para la excursión, en mi billetera setecientos dólares- lo único que tenía, en siete billetes de cien cada uno, una tarjeta de crédito y mi pasaporte -en días anteriores estos bienes los había dejado en la cajilla de seguridad en mi habitación del hotel Tequendama-.

En el momento en el que -supongo que con cara de turista- estaba leyendo el texto de la placa se me acercó una persona que me dijo que era venezolano, me comentó que no conocía la ciudad y me hizo una pregunta -que no recuerdo-. Simultáneamente se acercó otra persona, quien, con voz firme, nos dijo a ambos: **“soy agente de policía y quiero ver sus documentos y el dinero que traen”**. El supuesto venezolano sacó su cartera y se la entregó. El agente se alejó -yo estaba como paralizado- y regresó en en menos de un minuto. **“Todo está en orden, no hay problema”**. ¿Y usted? me dijo. Automáticamente le puse el pasaporte y los setecientos dólares en la palma de su mano, pero una voz interior me hizo reaccionar, y en un rosario atropellado -en voz alta- le dije **“un momento, yo soy diplomático guatemalteco y exijo que llamen a mis autoridades”**, simultáneamente a mis palabras retiré el dinero y el pasaporte. En ese momento apareció una cuarta persona que se dirigió al agente y le preguntó **“¿qué pasa agente?, ¿qué sucede?”**. Este le contestó, **“aquí el señor dice que es diplomático guatemalteco”**, **“está bien, déjelo”** fue la expresión de quien aparentaba ser el superior. Una señora pasó a nuestro lado y murmuró **“estos agentes siempre fastidiando a las personas”**. Todos se alejan. El supuesto venezolano insiste en conversar conmigo. Un insulto salió de mis labios, y comienzo a caminar -mis piernas temblaban-

Dos cuerdas adelante encuentro a dos policías uniformados, con mucho nerviosismo, con voz entrecortada les narro lo que me acaba de suceder. **“Vamos a buscarlos”** me dicen -regresamos al lugar

en donde está la placa-. Ya no les encontramos. Les agradezco a los agentes su apoyo e ingreso a un café. Saco el dinero de la bolsa del pantalón -lugar en el que lo puse casi sin darme cuenta- y lo cuento -descubro que me falta un billete de cien dólares-. Fue menos de un instante en que el supuesto agente colombiano tuvo el dinero, porque al momento de casi ponerlo en su mano lo retiré, pero fue suficiente para que el dinero desapareciera. Durante varios días -ya en Guatemala- el suceso -como si fuese una obra de teatro- se me representó en cámara lenta.

Durante años he viajado- en distintas ocasiones- a Colombia, la mayoría de las veces por reuniones de CERLALC. Tengo excelentes amigos y amigas en Bogotá. Y el mejor concepto de ellos.

En cada ocasión de mis visitas a la capital de Colombia las comparo con la llegada y la estadía de García Márquez en la misma, cuando fue adolescente y joven -narrada en el libro de memorias indicado al inicio de ese relato- cuando después de viajar en barco por el río Magdalena, encontró una ciudad fría y recoleta, muy distinta a lo que es ahora. Trato de recorrer las mismas calles y visitar los mismos lugares. Es un ejercicio de memoria.

Recordé el incidente en el que fui uno de los protagonistas después de ver -la semana pasada, en televisión un programa dedicado a García Márquez, en el que participaron algunos de sus amigos personales. Uno de ellos habló de lo supersticioso que era el autor, y de las veces que tuvo premoniciones. Y a pesar de que cuando me sucedió el hecho narrado este me pareció normal -similar a lo que pasa en cualquiera de los países de Latinoamérica- reflexioné **“que como mi visita al lugar donde asesinaron a Eleazar Gaitán fue provocado por Gabo”** y me pregunté **“¿no sería de éste-a pesar de que entonces estaba vivo- la voz interior que me hizo reaccionar a tiempo?”**

POESÍA

FLAVIO HERRERA

Flavio Herrera nació en la ciudad de Guatemala, el 18 de febrero de 1895. Estudió en el Colegio de Infantes y en el Instituto Nacional Central para Varones. Se graduó de Abogado y Notario en la Universidad Manuel Estrada Cabrera y recibió el premio Mariano Gálvez de la Escuela Facultativa de Derecho y Notariado por su tesis.

Se trasladó a Europa donde continuó sus estudios de derecho en la Universidad de Roma, y estudios de literatura en la Universidad Central de Madrid.

Durante el gobierno de Juan José Arévalo, fue embajador de Guatemala en Brasil y Argentina, y dirigió la Escuela Centroamericana de Periodismo. Fue catedrático de Literatura en la Facultad de Derecho y Humanidades de la Universidad de San

Carlos de Guatemala, en donde recibió la distinción de Profesor Emeritissimum. En 1960 recibió la Orden del Quetzal del Gobierno de Guatemala.

Sus novelas *El Tigre*, *Caos* y *La Tempestad*, conocidas en conjunto como *La Trilogía del Trópico*, son lectura oficial en las escuelas públicas y colegios privados de Guatemala. Como poeta cultivó principalmente el género del Hai-Kai.

Kai-kai de Flavio Herrera

El hai-kai

Emoción. Síntesis. Bruma.
Todo el milagro del mar
En una gota de espuma

Su estampa

En el trigal, ya madura,
fina, grácil, erecta
tu figura
erigió la escultura
de la espiga perfecta.

Sus senos

Yo vi la maravilla
del doble plenilunio
en dos magnolias sin mancilla.

Sus cartas

Nieve. Dulzura. Aroma. ¿Las escribe en papel
o en un pedacito
de su piel?

Su boca

Arde el día en un botón:
Polo del imán del mundo.
Antena del corazón.

Libídine

En tus besos,
cóncavos como hamacas,
hace la siesta mi deseo.

Su piel

Ella le da el matiz puro,
y la miel
al melocotón maduro.

Mujer del trópico

Morena.
Menuda y picante
—grano de pimienta—.

Tanka de la infiel

¡Ay, de ese llanto pérfido
que, gota a gota, te resbala
del negro corazón al ojo angélico!
Cada lágrima tiembla
y brilla en tus pestañas
como una joya falsa
a la que no redime
ni la cándida sal que la alimenta.

Paradigma

Amante en otoño: Gloria.
Esposa en otoño: Tedio.
¡Historia!

El espárrago

Alza su dedo amarillo
como pidiéndole al sol
que le regale su anillo

Los rábanos

Comenta la hortaliza
la gloria de los rábanos
hechos ascuas de risa.

La manzana

Le relumbra en la mejilla
un júbilo redondo
de muchacha sencilla.

La anona

Una ampolla de leche cuajada
en la ubre misma
de la madrugada.

Selección de textos:
Roberto Cifuentes Escobar



AGENDA CULTURAL

INVITACIÓN A CONFERENCIA

La Società Dante Alighieri y el Club Italiano invitan a la conferencia, *“Andrea Palladio. Genio de la arquitectura”*. La presentación estará a cargo de la ingeniera Adriana Grimaldi.



LA SOCIETÀ DANTE ALIGHIERI Y EL CLUB ITALIANO
PRESENTAN LA CONFERENCIA
ANDREA PALLADIO
GENIO DE LA ARQUITECTURA

A CARGO DE: ING ADRIANA GRIMALDI

EL DÍA JUEVES 27 DE FEBRERO 2020
EN EL CLUB ITALIANO A LAS 6 PM
ENTRADA LIBRE

INVITACIÓN DEL CENTRO PEN, GUATEMALA



CENTRO pen
GUATEMALA

El PEN Guatemala le invita a la presentación del libro

ESPERANDO LA LLUVIA
Gustavo Bracamonte

Comentaristas: Elpidio Guillén, Luis Aceituno y Enán Moreno

27 de febrero
17:00 horas
Casa de Cervantes
(5a calle 5-18 zona 1)

Guatemala, febrero 2020

El Centro PEN, Guatemala, invita a la presentación del libro del poeta, Gustavo Bracamonte, titulado *“Esperando la lluvia”*. La obra será comentada por los destacados intelectuales, Elpidio Guillén, Luis Aceituno y Enán Moreno.

LA CONFUSIÓN EN LAS ARTES VISUALES, SUS ORÍGENES

MIGUEL FLORES CASTELLANOS
Doctor en Artes y Letras

Lo que podría llamarse el campo de las artes visuales estaría compuesto por museos, galerías de arte no comerciales y comerciales, crítica especializada, artistas, escuelas de arte y comisarios de exposiciones, actividades como bienales y reconocimientos. Además, publicaciones especializadas en arte. Otros países han logrado establecer este sistema del arte. El Salvador y Costa Rica son un ejemplo de ello. Esto permite conocer el arte visual desde dos perspectivas, la simbólica y la comercial.

Es necesaria una galería no comercial que presente obras que, por aspectos ideológicos e innovaciones técnicas, no sean objeto de apuesta del mercado. Muchos se preguntarán, ¿para qué una galería más si en la Ciudad de Guatemala existen seis? Además de que, mal que bien cumplen la función y mantienen el mercado del arte. El resultado de la interacción (mezcolanza) de estos espacios hacia un mismo público objetivo, lo que hace es crear confusión. Y como se dice, en río revuelto, ganancia de pescadores. Los artistas mediocres vendidos como estrellas a precios exorbitantes frente a un cliente no formado. Lo peor de esta situación es la deformación de la información que llega a los estudiantes de todos los niveles, ya que sus maestros –también desinformados y producto del sistema actual– viven en una alarmante confusión que proyectan a sus alumnos. Esto llega hasta los grandes empresarios que son timados por los más listos y elocuentes en la venta de arte.

Algo de esta función no comercial la cumple el pequeño espacio dedicado a las exposiciones temporales del Museo Nacional de Arte Moderno Carlos Mérida, que a pesar de sus muchas carencias técnicas –iluminación y versatilidad para montajes expositivos– ha sido escenario de exposiciones internacionales de la Fundación



Museo de arte de El Salvador.

Ortiz Gudián y de artistas nacionales que nunca debían de haber presentado obra en ese espacio. Un ejemplo de ello, un grupo de escultores de olas, ejercicios de tallado en mármol, que fue vendida al público como piezas de artistas, pero que en realidad fuera de su maestra, el resto son aprendices.

Acciones como esta desprestigian la poca credibilidad de la institución museo. Además surgen preguntas como ¿cuál es el procedimiento para que el museo organice una exposición en ese espacio? ¿Qué requisitos necesitan llenar los aspirantes? Como todo en Guatemala... el cuello, los contactos y el dinero, ya que el museo únicamente pone los clavos, el personal de colgadura (sic) y la seguridad. El resto corre por cuenta del artista. Si se ve para atrás, hacía más la desaparecida Dirección General de Bellas Artes, que ayudaba con invitaciones y catálogos, y organización en un espacio como fue por muchos años la galería El Túnel.

Cuando surgen las galerías del Centro Cultural Metropolitano, en el antiguo edificio de Correos, la visión de Ricardo Rodríguez permitió dotar a ese gran espacio de tres galerías funcionales que llenaban los requisitos de exposiciones de gran envergadura. En sus primeros años la dirección de las galerías mostró audacia, sin embargo hay que tomar en cuenta que ese fue o sigue siendo un territorio Arzú, y con esa sombra mantiene un pensamiento ultraconservador. Así, en forma sutil, empezó la censura y decir no a

ciertas exposiciones. Esas galerías han parado en el centro de exposiciones de los alumnos de las escuelas de arte municipal y en sitio de exhibición del producto de talleres no precisamente de arte. Los fondos municipales dedicados al arte visual parece que únicamente dan para una exposición al año patrocinada por ese centro cultural.

Otro espacio que nació con vocación no comercial para exposiciones de arte fue Galería Cero, o los espacios expositivos en el Palacio Nacional de la Cultura, un lugar poco agraciado para albergar exposiciones: mala iluminación, espacios saturados de formas y colores propios del edificio ubiquista que son patrimonio cultural y que no permite ni utilizar un clavo. Todo ello ha dado origen a unos paneles horribles. Lo peor es la programación, tampoco existen reglas explícitas para los artistas. No se comunica cuando hay una nueva exposición, no abren los sábados y sus horarios son los de las oficinas de gobierno. No hay un comisario encargado, y si lo hay es un burócrata que no sabe de arte. Además, cada vez que hay un acto de Estado (porque el Palacio Nacional de la Cultura se ha convertido en un salón de usos múltiples del gobierno), no permiten el ingreso.

La necesidad de iniciar con una galería no comercial es urgente ante la confusión que actualmente priva en el campo de las artes visuales. Dicho espacio debe contar con las instalaciones pertinentes y un comisario profesional.



Interior de la Galería Nacional de Arte de El Salvador.